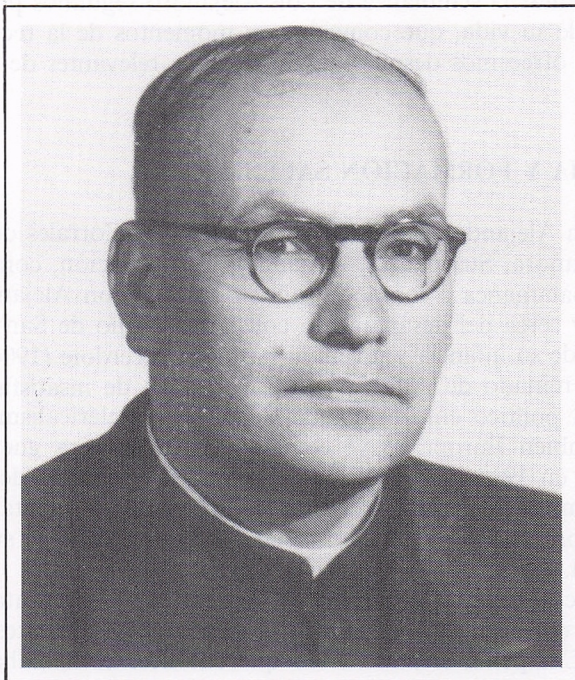


INSPECTORIA SALESIANA DE SAN JUAN BOSCO

Marqués de la Valdavia, 2 - 28012 MADRID



DON ALEJANDRO VICENTE GARROTE

El 17 de julio fallecía en la Casa de Reposo que los Salesianos de Barcelona tienen en Martí Codolar, y después de tres años de estancia, atendido con gran mimo por los Salesianos y por las Hijas de María Auxiliadora encargadas de la Residencia, nuestro querido don Alejandro Vicente, casi en vísperas de sus ochenta y cuatro años.

La Inspectoría de Madrid ha perdido en él a uno de sus hombres más representativos y beneméritos de la postguerra.

Hombre emprendedor, optimista, dinámico, hombre de acción. Amó intensamente los valores cristianos y los supo hacer amar. Hombre de fe, en Dios, en los destinos de la Congregación, y también en cuantos con él colaboraron. Trabajador incansable que lo dio todo por la juventud obrera y por las clases populares. Contribuyó grandemente al resurgimiento de la antigua Inspectoría Céltica, a raíz de los desastres de la guerra.

Para presentar la semblanza de don Alejandro seguimos primero el hilo cronológico de su vida, que coincide con momentos de la reciente historia de España, y ofrecemos después algunos rasgos relevantes de su biografía.

1. INFANCIA Y FORMACION SALESIANA

Nació don Alejandro el 3 de agosto de 1904 en Corrales del Vino, pueblecito de Zamora. Sus padres, Alejandro y Concepción, comerciantes, se trasladan a Salamanca a los pocos años de nacer don Alejandro, estableciéndose muy cerca del desaparecido colegio salesiano de San Benito.

Los años de su infancia y juventud hasta ser sacerdote (1904-1931) coinciden con el reinado de Alfonso XIII. Son años de insatisfacción nacional, de clima político enrarecido, de solapado anticlericalismo, de luchas sociales. También Europa se ve envuelta en la primera guerra mundial. Precisamente en 1914 ingresa don Alejandro en el colegio de San Benito. Acaba de cumplir diez años. Allí cursa la enseñanza elemental; allí conoce la vida de Don Bosco, sin ser aún «Venerable», y allí brota su recia vocación salesiana.

En 1917, con trece años cumplidos, ingresa en el Aspirantado de Carabanchel para cursar su primer año de latín. Los tres siguientes (1918-1921) los pasa en Campello, estudiando lo que entonces se llamaban cursos de Humanidades, previos para ir al noviciado. Lo comienza el 25 de julio de 1921, junto con otros 32 novicios, bajo la sabia guía espiritual del Padre Maestro, don Antonio Castilla. Al final emite sus votos temporales hasta el servicio militar. Y en Carabanchel continúa estudiando sus dos años de Filosofía. Los años de tirocinio los realiza, el primero, en Atocha, que aprovecha para hacer el servicio militar, y el segundo y tercero como asistente de novicios en Carabanchel. El 29 de enero de 1927, fiesta de san Francisco de Sales, emite sus votos perpetuos. Y en octubre de ese mismo año comienza, también en Carabanchel, su Teología. Al terminar su segundo curso es destinado al naciente Aspirantado del Paseo de Extremadura. Aquí culmina los estudios de Teología, compartiendo su tiempo entre los estudios, las clases y las asistencias a los aspirantes. El 6 de diciembre de 1931 recibió el presbiterado de manos del señor patriarca de Madrid-Alcalá, doctor Francisco Muñoz e Izquierdo.

2. ACTIVIDAD APOSTOLICA EN UN CLIMA DE PERSECUCION

Una vez sacerdote, se le nombró Catequista de los cientos de muchachos de las Escuelas Elementales y Profesionales de Atocha y de los más de 100 internos de Artes y Oficios.

Aquí pasó sus cuatro primeros años de sacerdocio, que coinciden con los cuatro primeros años de la República. Durante este tiempo completó su formación sacerdotal y salesiana bajo la dirección de un gran maestro de espíritu, celoso y santo salesiano, don Enrique Saiz, Director de Atocha. Ambos trabajaron juntos en un clima hostil y antirreligioso, en un colegio que oficialmente ya no era salesiano. El colegio de Atocha dejó constitucionalmente de pertenecer a la Congregación Salesiana. Se transformó en la «Mutua Escolar Cervantes», pasando a pertenecer a una sociedad inmobiliaria llamada «Progreso Urbano». Pero, a pesar de todo, los Salesianos se mantenían valientes al frente de las Escuelas y trabajaban apostólicamente.

Después de estos cuatro años de rodaje, la obediencia le nombra Director del colegio de Estrecho, en lo que entonces se conocía por barrio de Tetuán. En él estuvo dos años de Director, hasta el comienzo de la guerra civil. Fueron dos años de sobresaltos y de intranquilidad. Don Alejandro y la comunidad tuvieron que sufrir el acoso vejatorio continuo.

Apenas iniciada la guerra civil, el 19 de julio de 1936, el colegio es asaltado e incautado para cuartel. Don Alejandro y los Salesianos de la comunidad son conducidos a la Dirección de Seguridad. Al quedar libre se refugia en casa de dos cooperadoras de la madrileña calle Valverde. Pero, no queriendo comprometerlas, en la abierta persecución religiosa que estalló, fue cambiando de pensión en pensión hasta que por fin se acoge al asilo político de la Embajada de Finlandia. Pero en diciembre de 1936 la Embajada es asaltada y don Alejandro es llevado al colegio de San Antón, incautado a los Escolapios para cárcel. Al cabo de un mes de cárcel logra salir en libertad y va a parar a la calle Almagro, donde se halla refugiada la comunidad de Clarisas de Chinchón. Todos los días celebraba la Santa Misa y allí se guardaba el Santísimo para administrarlo a los que frecuentaban el piso y llevarlo a cárceles y casas particulares.

En este clima de persecución, don Alejandro, como representante del señor Inspector, atiende y se ocupa de todos los salesianos que andan dispersos por aquel Madrid en guerra. Les atiende en sus necesidades materiales y espirituales, y muchas veces los confesaba caminando por la calle. Apenas se enteraba de que estaban enfermos, necesitados o en peligro, los visitaba, suministraba ropa y alimentos y atendía espiritualmente.

Además de atender a los Salesianos, su actividad apostólica iba en aumento. Disponía de varios pisos como base de sus operaciones sacerdotales, en familias de católicos fervorosos que ofrecían sus casas con todas las consecuencias. Cada día de la semana atendía a una de ellas. Allí celebraba la Santa Misa, confesaba, bautizaba, asistía incluso a matrimonios y

hasta tenía bendición con el Santísimo y horas de adoración durante la Semana Santa. De allí llevaba la comunión a otras familias que no podían asistir.

Todo esto suponía vivir en continua angustia y sobresalto. El mismo contaba cómo se salvó tres veces milagrosamente de registros en pisos donde tenía su residencia y sus actividades. Al acabar la guerra, en la Cúria de Madrid, se le consideró como a uno de los sacerdotes más destacados por su celo apostólico en aquellos casi tres años de persecución y clandestinidad.

3. DON ALEJANDRO SE ENTREGA CON ENTUSIASMO AL RESURGIMIENTO DE LA INSPECTORIA

Con la paz, la vida nacional recobra su ritmo. Las cuatro casas que los Salesianos teníamos en Madrid han quedado totalmente desmanteladas. Don Alejandro, al terminar la guerra, se incorporó a la casa de Estrecho, de la que continuaba siendo Director, hasta que el 1 de septiembre de 1939 fue nombrado Director de Atocha.

Allí se encaminó con gran optimismo y celo. El panorama que encontró era desolador. Había que rehacerlo todo; había que comenzar de nuevo. Y así lo hace, reemprendiendo la marcha de Atocha, que viene a ser la semilla del gran centro cultural que con el tiempo sería.

Pero los años cuarenta son los años del hambre. Don Alejandro tiene que movilizar toda su inventiva y toda su caridad para remediar el hambre de tantos niños como venían a las Escuelas con verdadera necesidad. Expone su programa de caridad a un buen número de señoras pudientes y las anima a formar un ropero y a atender al comedor gratuito.

Quiere reorganizarlo todo. Convoca a los Antiguos Alumnos, potencia el Círculo de Domingo Savio y el Oratorio, amplía el pabellón escolar de la calle de Sebastián Elcano, comienza las colonias veraniegas en una casita que le donaron en Las Navas del Marqués y, sobre todo, emprende la construcción de los grandes pabellones de las calles de José Antonio Armona y Ronda de Atocha.

Su mucho trabajo mina la salud. Al final del verano de 1946 sufre un desprendimiento de retina. Es operado con toda urgencia en la Clínica Barraquer, de Barcelona. Pero don Alejandro no quedó bien de la operación. El ojo derecho lo perdió del todo y el izquierdo quedó gravemente dañado. Por más especialistas que le trataron no logró recuperarse plenamente. El supo sobreponerse y nunca se le oyó lamentarse. Si no fuera por unas gruesas gafas que le delataban, nadie diría que estaba casi ciego.

Nueve años estuvo don Alejandro al frente del colegio de Atocha. Al final de ellos fue destinado a regir el colegio de San Fernando, que pertenecía a la Diputación y estaba dedicado a los niños sin familia o en condi-

ciones muy precarias. Don Alejandro fue su primer Director y se entregó a aquellos muchachos con alma y vida.

Según testimonios de cuantos conocieron sus comienzos, la situación del centro era caótica. Los muchachos, unos 600, en régimen de internado, recibieron a los Salesianos con prevención y hasta con hostilidad. Don Alejandro, con los demás salesianos, supo ganárselos, volcándose en ellos con mil muestras de afecto y delicadeza, viviendo siempre a su lado, demostrándoles con hechos que les querían de verdad y sólo pensaban en hacerles felices.

Don Alejandro trabajó para conseguir que se aceptase nuestro sistema salesiano, para interesar a las autoridades de la Diputación a fin de lograr juntos que el Colegio de San Fernando fuese uno de los mejores colegios de la capital. Se puede decir que la pedagogía salesiana logró en él sus mejores éxitos.

Después de seis años al frente del Colegio de San Fernando, la obediencia le nombra Inspector de la recién creada Inspectoría de Madrid. Tenía cincuenta años, en plena madurez, Consejero Inspectorial desde 1940, con mucha experiencia de vida salesiana. Fue el primer Inspector de la Inspectoría de San Juan Bosco de Madrid al dividirse (1954) en dos la antigua Inspectoría Céltica. Fue el suyo un inspectorado de grandes realizaciones en todos los órdenes. Enunciemos algunas de ellas.

— *Templo de María Auxiliadora en Atocha*: Era una gran ilusión que traía muy en el alma, y que no había podido realizar durante su directorado en Atocha. Desde el primer momento anima al Director, don Fernando Bello, y a la comunidad a llevar a cabo ese gran proyecto «a medias con la Inspectoría». No logró verlo inaugurado durante su mandato, pues era una obra de mucho tiempo y dinero, pero lo fundamental, la obra de fábrica, quedó concluida.

— *Proceso martirial*. Otro proyecto prioritario que traía entre manos fue el de introducir la causa de martirio de los 42 salesianos muertos durante la persecución. El 14 de mayo de 1956 se exhuman de los varios cementerios de Madrid los restos mortales de cuantos murieron en la guerra civil y pudieron ser recuperados. Fueron trasladados con solemnidad al cementerio salesiano de Carabanchel Alto, acompañados de gran número de salesianos, presididos por monseñor Marcelino Olaechea. Y el 9 de octubre de ese mismo año se incoa canónicamente en la Curia de Madrid el proceso martirial.

— *Escuela Profesional de Pizarrales*. Otra obra que emprendió con rapidez e ilusión fue la del traslado del Colegio de San Benito de Salamanca al actual de los Pizarrales.

— *Teologado de Salamanca*. A los Superiores Mayores les pareció conveniente trasladar el Teologado de Carabanchel a Salamanca, ya que dicha ciudad contaba entonces con la única Universidad Pontificia de Es-

pañá. Muchas otras congregaciones hicieron lo mismo. Don Alejandro acometió la empresa confiando en la Providencia, que vino en su ayuda con dos grandes herencias: la finca del Bonal, por parte de los marqueses de Alava, y la finca de Traguntia, en Cubo de Don Sancho (Salamanca), por parte de doña Rosa Cáceres. Proyecta un gran Teologado, armonioso, bien orientado, con capacidad para más de doscientos teólogos, pensando en aceptar incluso a estudiantes de América. Se inauguró al año de acabar don Alejandro de Inspector.

— *Otras nuevas obras.* Una breve enumeración cronológica de las obras que comenzaron durante su inspectorado dan el volumen de empresa que tuvo que acometer para ponerlas en marcha. El año 1954 comienza a funcionar la casa de El Royo (Soria) como aspirantado para unos 60 aspirantes. En 1955 se inaugura el colegio de Huérfanos de Ferroviarios (Madrid). Este mismo año comienzan las actividades en el colegio de Santo Domingo Savio, en el barrio de San Blas (Madrid) y se inaugura el aspirantado de Zuazo (Vitoria) para unos 200 aspirantes. El año 1956 se inaugura la casa de Sarracín (Burgos), que la Caja de Ahorros Municipal ofreció a los Salesianos en colaboración. En 1958 adapta la casa solariega que los marqueses de Alava tienen en la finca de El Bonal (Ciudad Real) para el aspirantado del Sur, con capacidad para unos cien muchachos. Este año se inaugura también la Escuela Profesional de Burceña, en el barrio de Cruces, de Baracaldo. En el año 1959 se acepta en colaboración, también en Baracaldo, la obra de San José Obrero, de Formación Profesional. Y también la fundación de Ciudad Real, que se inauguró en 1961, se debió a sus gestiones.

— *Vocaciones.* Pero más que edificios para seminarios o centros profesionales, le interesaban las vocaciones. Mejoró las pensiones e instalaciones de todas las casas de formación. Siguió destinando dos sacerdotes a tiempo pleno como promotores de vocaciones. Creó tres nuevos aspirantados (Zuazo, El Royo, El Bonal). Al comenzar su sexenio había 615 salesianos entre profesos y novicios, y en su último año el Elenco consignaba 720.

— *Otras fuentes de financiación.* Aunque a don Alejandro le llegaron muchas y buenas donaciones, no por eso dejó de trabajar intensamente en conseguir otras fuentes de financiación. Organizó una amplia red de bienhechores, se apuntaba a cuantas subvenciones otorgaban los organismos oficiales. Puso a don Luis Conde como asesor de finanzas, quien con experiencia a la americana organizó un sinfín de recursos económicos, entre ellos la Librería de María Auxiliadora y la Lotería de Navidad, actividades que aún perduran.

Todo esto puede hacer ver el gran impulso que don Alejandro supo dar a la nueva Inspectoría de San Juan Bosco. El crecimiento es tal que se siente la necesidad de volver a dividir la Inspectoría. Don Alejandro fue preparando el terreno. Y en el año 1961 se creó la Inspectoría de Bilbao.

Terminado su inspectorado fue nombrado Director de Estrecho, y después de dos años fue llamado para regentar el colegio de Huérfanos de Ferrovianos durante un sexenio. También aquí desplegó una actividad ingente en la remodelación de las instalaciones, talleres, salón de actos, campos de deportes, construcción de Residencia para las Hermanas, etc.

Pero los años no pasan en balde. Desgastado por su trabajo incansable, fue eximido de responsabilidades. El mismo insinuó que se le permitiese ir al colegio de San Fernando. Allí pasó doce años (1968-1980) como confesor de la comunidad y de los mil internos, ejemplarizando con su vida, humilde y sencilla, y con el rezo del santo rosario. Vivía y convivía con los muchachos, a los que mucho quería y era correspondido por ellos. Así hasta que llegaron los cambios políticos, y los Salesianos tuvieron que abandonar San Fernando en el verano de 1980. Vuelve entonces por tercera vez al colegio de Estrecho. Su papel es el de aconsejar, animar, dedicarse al ministerio de la confesión, visitar a los antiguos bienhechores, repartir calendarios de María Auxiliadora en la época de Navidad, rezar y rezar rosarios y dar testimonio de vida.

Su salud se resiente, la vista va de mal en peor, le falla la memoria, no puede valerse por su cuenta, y se ve la conveniencia de llevarle a la Casa de Reposo que los Salesianos de Barcelona tienen en el Teologado de Martí Codolar. Allí pasa los tres últimos años de su vida (1985-1988), atendido con todo mimo por los Salesianos y por las Hermanas. Se le veía ir perdiendo facultades y se le administró la unción de los enfermos. Y el 17 de julio, asistido por los hermanos de la casa, descansa en la paz de los justos este gran salesiano, que tanto amó a la Congregación y la sirvió con alegría. Su cadáver fue trasladado a Madrid, en donde recibió fraterna sepultura en el panteón salesiano de Carabanchel Alto. El funeral tuvo lugar el día 20 de julio en el santuario-parroquia de María Auxiliadora de Atocha, que con tanta ilusión y sacrificio había construido. Bien le habrá correspondido Ella a estas horas en el cielo.

4. PERFILES BIOGRAFICOS

Terminada la cronología de su vida, quisiera añadir algunos de sus rasgos más significativos, que ayudarán a completar la talla extraordinaria de su recia personalidad. Es cierto que las actividades, personas, lugares, números que acabamos de reseñar hablan por sí mismos. Pero me permito añadir algunos rasgos que llamaría «intemporales», en cuanto que no se pueden adscribir a momentos determinados, sino que reflejan valores permanentes.

Amor a la Congregación

Admiramos su entereza y su tesón en afrontar grandes empresas y llevarlas a cabo. Arrancaba de su amor a las almas y a su vocación salesiana.

Sus actuaciones desde los puestos de servicio y responsabilidad constituyen la mejor manifestación de los ideales salesianos: los niños pobres, las clases humildes, las Escuelas Populares y los Centros Profesionales, las vocaciones, los sacramentos de la confesión y comunión, la asistencia, la devoción a María Auxiliadora, la preocupación por la vida religiosa de los hermanos... Valores que supo transmitir a propios y extraños.

Amó a la Congregación y su prestigio, y la defendió con cariño y con pasión. Por amor a la Congregación vivía y hacía vivir los acontecimientos de la Congregación a salesianos y no salesianos. Todo le parecía poco tratándose de enaltecer y prestigiar a la Congregación.

Quería que el Estado, la Iglesia, los organismos influyentes y personas pudientes conociesen nuestra obra, la ayudasen y contasen con los Salesianos en bien de la juventud. Y con tal de que la Obra Salesiana fuese conocida y prestigiada no le importaba movilizar, como hacía en los grandes actos conmemorativos, a ministros, obispos, autoridades, personalidades influyentes, Familia Salesiana. Quería que estas manifestaciones las presenciasen los alumnos de los centros, para que sintiesen orgullo de educarse en un centro de la Congregación. No escatimaba medio alguno para que todo resultase con la mayor brillantez.

Prudencia y humildad

Tuvo que sufrir, naturalmente, fracasos, desencantos, decepciones. No se le oyeron quejas ni lamentos inútiles. Más que lamentaciones, prefería soluciones. Cuando se vendió el Teologado, obra que tanto le costó y en la que tanta ilusión había puesto, jamás se le oyó un juicio desaprobatorio; todo lo contrario, decía: «Ahora le toca al Consejo Inspectorial decidir lo mejor para la Inspectoría, como en otros tiempos nos tocó a otros.» Y nunca se consideró héroe ni víctima.

Más de una vez tuvo que oír, entre bromas y veras, expresiones o afirmaciones ligeras, haciendo alusión a tiempos idos, y que hubieran podido herir su espíritu. El mantenía una calma imperturbable, y todo lo más que decía era una frase de aceptación o de respeto para el que hablaba.

Alguien que lamentaba haber tenido que dejar las Obras en colaboración, insinuando que tal vez hubiese sido un error el haberlas aceptado, al momento contestó: «No, hijo mío, no. En aquel entonces la Inspectoría era muy pobre, no tenía recursos para hacer colegios y educar a tanta juventud pobre y necesitada. Nos daban ya en bandeja las instalaciones hechas; sólo nos tocaba trabajar. ¿Qué más podíamos desear? En esos colegios se hizo un gran bien por parte de la Congregación y de la Iglesia.»

Impresionó gratamente la presencia de don Alejandro en el Primer Capítulo Inspectorial Especial. El asistía sólo como *observador*. Seguía todos los debates con interés y serenidad. Se le veía gozoso con las nuevas líneas de renovación que se iban marcando. Y en las varias ocasiones en que se le

concedió la palabra, lo hizo con tal comedimiento, con tanto aplomo, con tal dominio de sí mismo y con tanta unción que dejó a los capitulares admirados. En una ocasión sí se le vio muy preocupado y nervioso y no hacía más que rezar. Fue cuando se trató de vender Atocha. No pudo ocultar la inmensa alegría que experimentó cuando «Atocha quedó en su sitio».

Parece sorprendente y hasta milagroso cómo le fueron llegando herencias, donaciones y limosnas; el ver surgir nuevos colegios y fundaciones; el relacionarse con ministros y personalidades... Todo esto supone muchas horas de trabajos y preocupaciones, de impaciencias y sacrificios. Todo lo llevaba sin inmutarse, con tranquilidad de espíritu, sin darle importancia.

Hombre emprendedor, de acción incansable e iniciativa

Era de esos hombres que se crecen ante las dificultades, que viven contentos en el tiempo que les toca vivir, que son capaces de transformar ambientes y circunstancias, que se adentran a su tiempo, que saben convertir el «secano en regadío». Y nos enseñan a luchar sin medios, a no desfallecer; saben mantenernos ilusionados, y vemos que triunfan, y que tienen razón.

Cosa difícil que se proponía o emprendía, no escatimaba esfuerzos. Supo dominar tiempos y circunstancias. En donde había ruinas, surgieron pabellones; donde había eriales, levantó iglesias, seminarios y Escuelas Profesionales.

Cuando quería conseguir algo, insistía una y otra vez. Eran las tres de la tarde: «Llame usted por teléfono al señor Obispo.» «Mire, don Alejandro, que a estas horas no es oportuno, pues estará ya descansando.» «Llámele usted y dígame que si puede recibir esta tarde al Provincial de los Salesianos.» Se puso el señor Obispo y contestó que sí. «¿Ve usted lo bueno que es el señor Obispo?» Y consiguió su objetivo. Para lo que se proponía no había barreras.

Aunque quedó muy limitada su vista después de la operación, con todo, apenas se percataba nadie de ello. Actuaba lleno de bríos. Recorría a grandes zancadas los terrenos que iba adquiriendo y en todas las direcciones; al tener obras entre manos, las visitaba constantemente, subía y bajaba escaleras y andamios, examinaba con su aparejador mezclas y materiales. No escatimaba medios con tal de que las obras quedasen bien y fuesen duraderas.

Salesiano de gran corazón

No sólo por las expresiones cariñosas que frecuentemente empleaba con chicos y grandes: «Sí, hijo mío; no, hijo mío», que ciertamente reflejan una actitud paternal, sino porque todo su proceder iba encaminado a hacer el

bien a todo el mundo desinteresadamente: que niños y familias de la posguerra no sufriesen el hambre, que aprendiesen un oficio para ganarse la vida, que los alumnos de San Fernando y Ferroviarios estuviesen lo mejor atendidos posible sin que notasen la falta de sus seres queridos, que en colonias y excursiones disfrutasen lo más posible. Pensaba en todos ellos, sin importarle el mendigar y llamar a las puertas de los pudientes para ayudar a los necesitados.

De Director e Inspector, en los momentos personales de los coloquios con los salesianos y siempre que se iba a su despacho a tratar algún problema, se mostraba muy humano, cordial, bondadoso y paciente, y ponía el mayor interés en buscar soluciones. Preguntaba a los hermanos por su salud. Se preocupaba de que las nuevas obras tuviesen las mejoras compatibles con la vida religiosa.

En las reuniones semanales con los hermanos temporales se mostraba muy paternal. Reía y bromeaba con ellos, les comunicaba sus proyectos, les animaba y les hacía ver que gracias a ellos funcionaba bien el colegio. Se interesaba por sus problemas personales y terminaba: «¿Asistís a los niños?»

Su corazón bondadoso y agradecido le mantenía pendiente de los bienhechores de la Inspectoría. Tenía una lista de ellos, que conservó con gran estima hasta los últimos años. Los visitaba todos los años y les obsequiaba con el calendario de María Auxiliadora, recordando con ellos los tiempos en que se conocieron y colaboraron en las obras salesianas.

Su amor a la Congregación y a los hermanos le hacía estar siempre atento y vigilante, como buen pastor. Se le encontraba en los sitios más inverosímiles. Se consideraba responsable ante la Congregación de la buena marcha de las casas. Era muy observante y austero consigo mismo. Cumplía y hacía cumplir. Animaba, amonestaba, corregía con naturalidad, llamaba la atención con firmeza, pero con suma bondad.

Hombre de fe

Salesiano de unión con Dios. No hubiera podido llevar a cabo cuanto realizó de otra forma. Era casi una obsesión que los niños rezasen, que viviesen en gracia y frecuentasen los sacramentos. Y con la misma naturalidad lanzaba esos mismos mensajes a antiguos alumnos, bienhechores, familias y fieles de nuestras iglesias.

Un gran hombre de fe. «¡Vete y echa estas medallitas de María Auxiliadora en esos solares!» Las medallas se echaron en lo que actualmente es la iglesia y el pabellón de Marqués de la Valdavia, y los terrenos se consiguieron. Parece un poco infantil y hasta de sentido mágico. Pero es, sin duda, un ejemplo de humilde y sentida confianza en María Auxiliadora.

Cuando se encontraba en graves dificultades, hacía que los niños del colegio pasasen por grupos a rezar a la capilla, pidiendo por sus intencio-

nes. Después les comunicaba la gracia conseguida. En su tercera circular, al comienzo de su inspectorado, con la mayor naturalidad y confianza en las oraciones de los «niños», dice a los salesianos, después de relatarles las obras que lleva entre manos: «Muy encarecidamente os ruego, queridos hermanos, que encomendéis a Dios estas obras y hagáis rezar a vuestros niños por mis intenciones.»

Siendo Director en Atocha, en las «buenas tardes» de los sábados, con la iglesia abarrotada de niños, no cesaba de inculcar y recomendar la confesión frecuente. Y siempre terminaba con su consabida despedida: «Amiguitos míos, mañana es domingo, no os olvidéis de venir a vuestra misa.» Y cuando fue Inspector, también la confesión era una de las recomendaciones que hacía a los salesianos, sobre todo en Ejercicios Espirituales. Y al quedar ya de confesor, se entrega asiduamente a la administración de este sacramento. Por su parte, siempre se le vio mantener un ritmo frecuente de la confesión hasta su muerte.

Bien sabía que las vocaciones se amasan con la oración. Siendo Inspector, además de la insistencia con que pedía oraciones por esta intención, apenas montaba en el coche para desplazarse a cualquier parte, lo primero que hacía era rezar por las vocaciones.

Antes de la Lectura Espiritual de la comunidad se retiraba a la capilla y rezaba las tres partes del rosario. Y se ve que el rezo del rosario quedó hecho vida, ya que cuando le empezó a fallar la memoria preguntaba constantemente: «Oiga —era su muletilla, supliendo el defecto de la vista, que no le dejaba distinguir la persona hasta oírla—, ¿he rezado hoy el rosario?»

A bienhechores con quienes se relacionó en tantas ocasiones se oye exclamar: «El padre Alejandro es un santo; siempre nos estaba hablando de los jóvenes obreros, del bien que se hace a los niños en las colonias, que rezan mucho por nuestras intenciones y que necesita muchos salesianos para los talleres.»

CONCLUYENDO

Pienso que la vida de don Alejandro es un retazo fehaciente y relevante de la Inspectoría. Su figura refleja una época de su historia. Concluyo estos rasgos de su vida con las mismas palabras con que terminé la homilía de su funeral en el templo de María Auxiliadora de Atocha, que sigue siendo, como él quiso, perenne monumento de acción de gracias y de irradiación de su devoción.

¿De dónde sacaban hombres como éste la fuerza que les mantuvo durante años, luchadores sin descanso, capaces de cansar a cuantos estuviesen a su lado sin ellos desfallecer?

Las claves de lectura serían varias, pero permitidme que las sintetice en una sola palabra: *pertenencia*.

Pertenencia plena y exclusiva a la Congregación. La Congregación, la Inspectoría, la comunidad, como principio y fin de su actividad, con lo que ello implica de radicalidad, de seguimiento de Cristo.

Pertenencia que ensanchó una fe cada vez más profunda, que daba pie a una confianza plena en la Providencia, en las oraciones y en la inocencia de los niños. Lo que hoy tildamos de triunfalismo les sirvió a estos hombres de acicate y mordiente para su tarea constante, diaria.

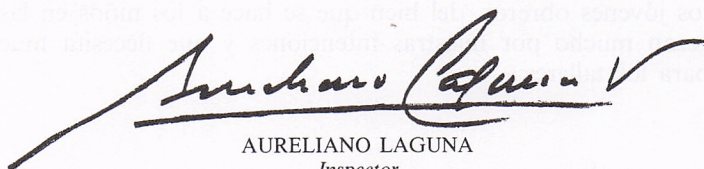
Pertenencia que les llevó a ser audaces, sin ser temerarios. A asumir empresas que humanamente nos parecen descabelladas, pero que posteriormente pusieron a la Congregación en una posición de admiración y respeto.

Pertenencia que llevó a conservar y propagar los valores genuinos de nuestro carisma: devoción a María Auxiliadora, sacramentalización de toda labor salesiana, características de nuestro sistema educativo, el sistema preventivo, en su vertiente de presencia y asistencia.

Pertenencia que le libró de enredarse en amistades que le hicieran perder tiempo o constituir sustitutivos de la vida comunitaria, donde la caridad, la cortesía, el agradecimiento, situaban al verdadero religioso.

Pertenencia que le dejaba las manos libres, no pegajosas, en el manejo de cantidades de bienhechores, amigos y entidades, manteniendo una pobreza personal que seguía atrayendo las bendiciones de Dios y la benevolencia de los hombres.

Que descanse en paz este gran constructor de la Inspectoría, y que desde el cielo siga ayudándola con aquel amor con que la amó mientras estuvo en la tierra.



AURELIANO LAGUNA
Inspector

Datos para el necrologio

Sacerdote **Alejandro Vicente Garrote**. Nació en Corrales del Vino (Zamora) el 3 de agosto de 1904. Murió en Barcelona-Martí Codolar el 17 de julio de 1988. Contaba ochenta y tres años de edad y once meses, sesenta y seis de profesión religiosa y cincuenta y siete de sacerdocio. Fue durante seis años Inspector y durante veintiocho Director.